

## **Fiesta. El Bautismo del Señor**

**Padre Julio Gonzalez Carretti OCD**

### **Lecturas:**

**a.- Is. 55, 1-11: Acudid por agua; escuchadme y viviréis.**

La primera lectura, nos presenta este oráculo que ha de ser contemplado desde la perspectiva de los oráculos de salvación, y luz que siguen a la humillación del destierro. Se pasa del símbolo y las imágenes a la realidad: es la invitación a todos al banquete escatológico de los tiempos mesiánicos. Basta ser necesitado, tener sed, para considerarse invitado. Son los pobres de Yahvé o los Anawin, los ahora invitados a comer y beber gratis. El banquete bíblico, es imagen del amor de Dios para su pueblo. Queda patentado en las relaciones de Dios con los hombres, que culminan con un sacrificio y un banquete como: en la salida de Egipto, en la Alianza del Sinaí, el banquete de la Sabiduría y en el Cantar de los Cantares entre Dios e Israel, hasta el banquete de la nueva y eterna alianza, el banquete escatológico en el Reino de Dios. Socialmente, el festejar entre los hombres se hace comiendo y bebiendo, con el deseo de manifestar el deseo de ser feliz. Hay una condición que es saber escuchar, dar oídos, pues la felicidad está en la Palabra de Dios aprendida como precepto, alianza, etc. Quienes oigan, tendrá vida para siempre (v. 3). Vida plena, que en el NT., es vida eterna. Es necesario realizar la nueva y eterna alianza, de la que Abraham fue testigo para su pueblo, lo mismo ahora el pueblo entero será testimonio para todas las naciones (v.3). No un testimonio de fuerza, al estilo de David, es decir, militar, sino que serán atraídos a Jerusalén por el Santo de Israel, por la santidad de su pueblo, por su fidelidad a la Nueva Alianza. Se trata de volver a Yahvé, al camino de la conversión por parte de todos los pueblos, es decir la vida de redimidos y perdonados. La justicia es la mejor señal de la libertad de todas las esclavitudes. La cercanía de Dios, es causa de alegría y salvación. La Palabra de Dios, es su plan de salvación para todos los hombres, que en Cristo se hizo carne. El banquete eucarístico, es Palabra bajada del cielo, salida de Dios, ofrecida en sacrificio y alimento de su pueblo para cuantos tienen sed y hambre de justicia y verdad, de amor y paz.

**b.- 1Jn. 5, 1-9: El Espíritu, el agua y la sangre como testigos.**

El apóstol y evangelista Juan, nos enseña que fruto del misterio de la Encarnación, es el hecho que los hombres ingresen a la familia de Dios, y son capaces de vencer al mundo y sus influencias. Prueba de todo esto, es amar a Dios y al prójimo, cumplir los mandamientos que le agradan. La victoria sobre el mundo, se logra por la fe. La voluntad de Dios, supone una batalla que se libra en lo interior y en lo exterior, donde se conjuga la voluntad de Dios y la purificación de la propia. Dios y el mundo, se excluyen mutuamente. La lucha de la fe, es contra lo que se opone a Jesucristo y su Reino, es decir, las tinieblas del mal, del pecado y del demonio. Es una batalla, que tiene garantizada la victoria, porque la vida de Dios está por sobre la que ofrece el mundo. (cfr. Jn. 16, 33). La unión con Dios, es fuerza y vida nueva para el creyente. La fe que vence al mundo se tiene en una persona concreta:

Jesucristo, el Señor. Es el mismo que se bautizó, con agua y Espíritu, (cfr. Mc. 1,11; Jn. 1, 33) que sufrió la pasión, la cruz, resucitó y ascendió a la diestra del Padre (cfr. Jn.1, 7. 29). Sigue viniendo a nosotros, por el agua y el Espíritu en el Bautismo, lo que nos hizo cristianos, y por la sangre derramada en su muerte sacrificial, que se actualiza en cada celebración eucarística. El que da testimonio de esto hoy, es el Espíritu Santo, quien garantiza la verdad y la eficacia salvadora de la fe.

### **c.- Mc. 1, 7-11: Tú eres mi Hijo amado, mi preferido.**

El evangelista, nos presenta el Bautismo de Jesús, escueta y austera los elementos básicos son Jesús viene de Nazaret de Galilea, para ser bautizado en el Jordán. Una vez bautizado se abren los cielos, el Espíritu Santo baja de los cielos y se escucha la voz del Padre, una declaración, que lo reconoce como el Hijo amado en quien se complace (v.11). El perfil que nos presenta el evangelista, es nítido lo que revela su identidad y su obra: las palabras proféticas de Juan (v.7), la presencia del Espíritu (v.10) y las palabras reveladoras del Padre (v.11). Con el bautismo Jesús inicia su misión, con autoridad plena, la presencia y garantía del Espíritu, el testimonio amoroso del Padre. El Bautista, había preparado al pueblo con una predicación que invitaba a la purificación, penitencia por los pecados cometidos, suscita un movimiento espiritual de conversión. Es su tiempo que se cierra, para dar paso a la novedad del evangelio, predicado por Aquel que es más fuerte que él (v.7; cfr. Is. 9,6). La inmersión en las aguas del Jordán, son el espacio donde los pecadores son acogidos y preparados para el encuentro con el Mesías. Es la disposición interior de quienes buscan la salvación, un camino de santidad que está por inaugurarse por Aquel, que es más fuerte y bautizará con Espíritu Santo. Si Jesús trae consigo al Espíritu, es porque la historia está llegando a su plenitud. Jesús viene desde Galilea, baja del norte de Nazaret a Galilea, es decir, de la tierra de los paganos a un contacto más directo con los judíos. Jesús se acerca al Bautista para ser bautizado. Toma la condición de un pecador, se hace pecado (cfr. 2 Cor. 5, 21), aparece como un peregrino más del arrepentimiento, que concretiza su gesto de arrepentimiento con el agua derramada y el compromiso de cambiar de vida. Pero sucede lo extraordinario, el reconocimiento de su verdadera identidad que vienen no de los hombres, sino de lo alto: la presencia del Espíritu y la voz del Padre. Se oye la voz del cielo. "En cuanto salió del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba a él. Y se oyó una voz que venía de los cielos: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco.» (vv. 10-11). Se enfatiza lo humano comparte la condición de pecador, pero al mismo tiempo se subraya su dimensión divina, condición única entre los profetas que ha conocido el pueblo de Dios. Jesús es hombre y Dios, pecador e inocente por nosotros. Lo humano y divino, se conjugan en forma admirable en Cristo Jesús. Al recibir el Bautismo, se hace plenamente solidario con la humanidad pecadora, es el "verdadero Hombre", pero también reconocido como "verdadero Dios", por el Padre y el Espíritu Santo. El Padre proclama a Jesús como su verdadero Hijo amado, en quien se complace, con quien tiene pleno entendimiento. Es la revelación de su condición divina, que más tarde el mismo Jesús confesará: "El Padre y yo somos uno" (Jn.10, 30). Si el Padre lo reconoce como Hijo, la presencia del Espíritu Santo, habla de su presencia en la vida de Jesús en forma estable, ontológica, consustancial, definitiva. Esta presencia

del Espíritu hace más comprensible la identidad de Jesús y consigue que el mundo de los hombres y el de Dios, enemistados por el pecado, ahora puedan abrirse a la comunión, es el abrirse de los cielos, para que descienda el Salvador y el hombre ascienda como hijo de Dios. Pura gracia de Dios. Esto ayuda a comprender, como la Iglesia, deberá también compartir su condición de pecadora pero también deberá ser pura y santa desde lo interior de sí misma para luchar contra el pecado. La inmersión de Cristo, en el mar de los pecados de la humanidad, es para redimirla con su misterio pascual de muerte y resurrección. Lo mismo hace la Iglesia, cuando evangeliza en nombre de la Trinidad, lo hace para que nazca, en el corazón de los hombres, el arrepentimiento y la conversión. La renovación personal, eclesial y social, será una realidad, cuando cada cristiano asuma su condición de bautizado. Ser hijo en el Hijo, darle en su vida, el primer puesto a Jesús, por la experiencia que tiene del Padre y del Espíritu, es el más Fuerte, lo que para nosotros es fundamental, porque arrimados a ÉL y con la presencia amorosa de su Espíritu, daremos una respuesta más original en fidelidad a los deseos del Padre.

Sor Isabel de la Trinidad, mística de lo Invisible, contempla en el alma de sus sobrinas, pequeños tabernáculos, donde adorar a Dios, Uno y Trino. "Me llena de satisfacción poder adorar a la Santísima Trinidad en esta alma constituida en su templo por el Bautismo. ¡Qué misterio!" (Cta.174)